

quede en Méjico, país que, según pude entender, anda mal en actrices jóvenes. Después de tres horas de un espectáculo de protesta en el que lo más notorio es la pésima dirección escénica, con mucho movimiento al fondo y ninguno en primer plano, los españoles todos que llenaban el teatro gritaron muchos óles, batieron palmas y pidieron la oreja del Caudillo, que no les fue concedida. En general, pienso que es un experimento interesante, que los jóvenes que intervienen están llenos de entusiasmo y de buenas intenciones y que hay aciertos indudables. Pero me pregunto si una vez que haya desfilado la Colonia Española antifranquista, interesará al público mexicano. “¡Qué sí, hombre, que sí!, me decía el primo Vitorino, mira que a los mexicanos les gusta ver en un escenario cualquier tipo de protesta, aunque sea extranjera, que es en donde la censura se muestra benevolente.” Pues así lo espero, en bien de estos chicos. Yo me voy al Blanquita a escuchar mariachis. Pa lo que gusten mandar, quedo a sus órdenes en la calle de Manzanares número diez, allá en Madrid.

Indalecio Fernández

26 de noviembre de 1972

DIEZ DE MAYO FLORIDO

Sra. Victoria de la Maza viuda de Reyes.
Venustiano Carranza 136.
San Luis Potosí, S. L. P.

¡Madre!
¡Cómo me hubiese gustado tenerte sentada a mi lado en el Teatro Hidalgo la noche del viernes 2 del presente! ¡Cómo me hubiera placido el ver tu cabellera blanca sacudida por los sollozos! ¡Cómo me hubiese satisfecho el escuchar tus relatos sobre la Decena Trágica, allá en tu niñez, después de haber visto la obra! ¡Tus suspiros llenos de añoranza a lo largo de la representación habrían conmovido las fibras de mi corazón! Y después, a la una

de la mañana, cuando concluyó la obra, te hubiese llevado a comer tamales con café con leche, y entonces mis sentimientos filiales todos habrían quedado superados, pletóricos de buena conciencia, y al recibir tu bendición antes de recostar mi cabeza sobre la almohada, hubiese podido murmurar tiernamente: ¡Madre sólo hay una!

Pero no pude cumplir con ese deber de buen hijo porque vives allá en San Luis, tan lejos de mi amor pero tan cercana a mis recuerdos. Espero que algún día en el Teatro de la Paz puedas ver esta obra teatral para que se te borre de la mente esa idea errónea que tienes respecto a que el teatro ya no es como en tus tiempos, que ahora ya nada se entiende, que hablan un lenguaje desconocido para ti y que todo es una “birria”, como tan tiernamente dices. No, madre querida, esta obra es semejante a aquellas tan bellas que le veías a la Fábregas y a la Montoya, cuando iban con sus grandes compañías de gira por la provincia. De niño me hablabas de *La enemiga*, de *La mujer X*, de *El honor*, de *La gallina clueca*, de *Canción de cuna* y de tantas más que resaltaban el amor materno. Pues con esta de que te hablo volverías a vivir el buen teatro y también tu niñez en medio de la Revolución. *Las madres*, de Rodolfo Usigli, es muy superior a todas las obras que te he mencionado y muchas más que recuerdes, porque en ningún momento cae en el melodrama disparatado de aquellas, pero tiene toda la ternura y la bondad que tanto añoras en el teatro. ¡Oh madre adorada, cómo recordé esa noche tus relatos sobre la Revolución! ¡Cómo recordé aquella triste anécdota de mi tío Gregorio muerto por una bala perdida al entrar a su casa de las calles de Artículo 123! Viví tu infancia, madre idolatrada, gracias al talento y a los recuerdos de nuestro mejor dramaturgo.

Imagino que la señora que aparece en la obra como madre del niño escritor, podría identificarse con tu madrecita, con mi recordada abuela que nos hizo comprender a los miembros de toda la familia que el apellido De la Maza no era baba de perico, y que si las revoluciones las hace la plebe, los apellidos perduran a pesar de esos avatares. Si hubieses visto, madre amorosa, a Nelly Meden interpretar a una viuda sacrificada por el bienestar de su pequeño, hubieras llorado en silencio. ¡Qué bien está esa actriz, qué señorío, qué serena belleza, qué dulces sentimientos despierta

en el alma! Es el prototipo de la madre. Y doña Virginia Manzano, a quien debes recordar como la damita joven de doña María Teresa Montoya, es ahora una primera actriz como la catedral de San Luis o como el obispo Montes de Oca. Interpreta de un modo excelente a esas señoras que si se ven reducidas a la pobreza, jamás pierden su orgullo de casta y ven con desprecio el sucio mundo que las rodea. Me recordó tanto a mi tía Beatriz de los Reyes Vázquez . . . pero es, ante todo, madre que sufre, como debe ser. ¿Puedes imaginar a una madre que no sufra? ¿Verdad que no? ¡Es imposible! Aparece otra madre que mucho te hubiese hecho reír: una madre española, como de zarzuela (y en aquella escenografía de *La verbena de la paloma* estaba como pez en el agua) con su marido también de género chico. Es lástima que no hubiesen interpretado el dúo de los paraguas. Esa madre también sufre porque el hijo, los hijos, se le van, como a Sara García y a Carlos Orellana. Te habría desagradado una madre disoluta que siendo mexicana habla como cubana o como andaluza, y que tiene un hijo que habla muy raro, mezcla de andaluz y de retrasado mental. Esa actriz estuvo muy mal, por exagerada. Pero en cambio te gustaría otra madre más —¡aparecen tantas!— con dos pimpollos por hijas, pero que por no saber educarlas, ¡se le fugan con los hijos de las otras madres! Muy bien esa actriz, madre mía, y seguro estoy que la aplaudirías al ver su sufrimiento. Y la portera de la vecindad, que también es madre y a la que le matan al marido los zapatistas por un quítame allá esas pajas. ¡Ay, cómo sufre esa mujer! Pero sufre muy mal como actriz y no se lo crees.

A pesar de tantas y tantas madres abnegadas o no, aparecen dos pretendientes a la mano de Nelly Meden: uno, que encarna Guillermo Murray con una monotonía inmisericorde, es el idealista, el poeta, el bohemio de Puccini, guapo, decidido, enamorado y protector. Pero la madre, aunque le gusta mucho, lo rechaza para no dar malos ejemplos a su hijo. Me recordó aquel pretendiente que tuviste, madrecita del alma, y que era millonario, con yates en Acapulco y casas en Las Lomas, pero que tú hiciste a un lado y me sumiste en la miseria eterna. ¡Qué rasgo tan hermoso!

Y otro señor que aparece, Augusto Benedico, es el porfirista

venido a menos por la Revolución, muy serio, muy digno, muy respetable, que le ofrece a la madre un caudal inexistente, pero un padre para el niño, y ella también lo rechaza. Al finalizar la obra todos los niños del barrio se marchan, abandonando a sus madres que quedan sumidas en la desesperación y arrojándose cenizas en los cabellos, todos menos el niño de Nelly Meden, porque fue la única que lo supo educar al darle todo su amor. Y en medio de todo esto, la Revolución en su apogeo, con zapatistas, villistas, carrancistas, que entran y salen a la ciudad sembrando el terror y la anarquía. ¿Y has de creer, santa madre mía, que cerca de la vecindad existía un callejón cuajado de prostitutas? ¡Ah, pobres madres decentes al tener que estar presenciando esos espectáculos dantescos! No porque fuesen prostitutas, sino por lo malas actrices que son las que las interpretan.

En fin, madre bendita, que estoy seguro que te habría gustado mucho la obra que te cuento, como me gustó a mí. Claro que yo, siempre rebelde y causante de tus prematuras hebras de plata sobre tu cabeza, prefiero al Usigli de *El gesticulador*, de *La familia cena en casa*, de *Medio tono* y de *Jano es una muchacha*, pero aun en esta obra de recuerdos, se ve siempre al genial dramaturgo, al excelente constructor dramático que maneja setenta personajes al mismo tiempo y en sólo tres actos. Usigli, madre, es el mejor autor de teatro que ha dado México desde Sor Juana, y eso es indudable. No le censuremos, pues, que se ponga autobiográfico en esta obra, sino que alabemos sus conocimientos teatrales y, sobre todo, su trayectoria.

Te habría gustado también la dirección de Luis G. Basurto, puesto que es una obra sumamente difícil y él la sacó adelante con maestría, a pesar de que el escenógrafo se convirtió en su peor enemigo con esas puertas que eran como un sésamo ábrete cada vez que alguien quería introducir la llave en la cerradura. Imposible hablarte de los sesenta actores o comparsas que intervienen, casi todos más mal que bien, pero sí puedo decirte que el aplauso que recibió don Rodolfo al estar en el escenario, fue la prueba más evidente del respeto, de la admiración y del cariño que todos los que amamos el teatro, le tenemos.

Recibe ya, *mater intemerata*, el amor de tu hijo que te adora

y que bendice al Señor que lo ama tanto por tener una madre todavía.

Luis

11 de febrero de 1973

LAS MIL Y DOS NOCHES

Scherezada llegó hasta la presencia del gran sultán Schariar, como todas las noches, y se tendió en unos blandos cojines de seda. El sultán se acomodó lo mejor que pudo y se dispuso a escuchar otro relato de aquellos con los que la doncella salvaba su hermosa cabeza del alfanje del verdugo. Scherezada comenzó de la siguiente manera:

Poderoso señor, ayer llegamos a las mil y una noches de cuentos, por lo que hoy será la número mil dos. En ese tiempo, y entre leyenda y leyenda, hemos procreado tres hermosos niños. Estoy muy lejos de amaros y vos me veis sólo como una concubina más con un fecundo vientre y una fecunda imaginación para estar inventando todas las noches tantas tonterías, que sólo consigo gracias al hashish que en cantidades industriales ingiero. Pues bien, magnánimo señor, rey entre los reyes, califa entre los califas, oyente entre los oyentes, esta será la última noche y después de ella dispondréis de mí a vuestro gusto. Prefiero perder de una buena vez mi cabeza a seguir torturándola fraguando tanta “hashishada”. Pero os pido que si os gusta mi último cuento, me dejéis marchar al lado de mi padre el Gran Visir para preparar con él otro golpe de “Septiembre Negro”.

—¿Pertenece mi Gran Visir a esa organización?

—Como todo árabe que se respete, poderoso señor. Bien, escuchadme atento, que esta vez os voy a llevar en la alfombra mágica de la imaginación a un lejano y exótico país que se encuentra allende los mares y del que muchos geógrafos aseguran que aun cuando existe, no deja de ser un país imaginario, pues de otra manera no se comprende la conducta de sus moradores.